

Paco Espínola dixit

## Larga sombra tiene lo arbitrario

Desprecia cuanto ignora

D. Antonio Machado

A mi viejo y buen amigo Carlos Pacheco debo el conocimiento de una respuesta de Paco Espínola, respuesta cuya fragancia traspasa el aire de las casi dos décadas que por encima de ella han transcurrido.

Fue por la mitad de los años sesenta. Pacheco integraba el Directorio del SODRE, en cuya radio Paco tenía una audición (\*). Una tarde Paco leyó por el micrófono su notable cuento "Rodríguez", aquel en cuyo final el diablo, irritado por no haber logrado impresionar al paisano de ese nombre, lo envuelve en el agravio rotundo de una puteada. Carlos Pacheco, que ese día no había podido sintonizar la audición a tiempo, alcanza a escuchar solamente el final: la voz posesionada y profunda del maestro, resonando de indignación y mordiendo cada una de las letras:

—Te vas a la p... que te parió!

Por el Sodre.

---

(\*) El Directorio del SODRE de que formó parte Carlos Pacheco estaba presidido por D. Juan Pivel Devoto. Lo integraban además la Sra. Irene Ramirez de Aguirre Roselló (madre del Dr. Gonzalo Aguirre), D. Santiago Donelli y el Dr. Canellas. A Paco le habían quitado un cargo que tenía en la Facultad de Humanidades en el que ganaba 250 pesos viejos, esto es, lo que ahora, veinte años después, son 25 centésimos. El Sodre resolvió contratarlo y le fijó un sueldo mensual de 500 pesos (medio peso de hoy). Paco protestaba porque era mucho y no guardaba a su juicio relación con lo que ganaba en Humanidades. Hubo que desentenderle la protesta.

Días más tarde, ya repuesto de la sorpresa, Pacheco se encuentra con Paco y comentan el episodio.

Paco explica entonces que esas palabras no tienen el sentido que la gente cree. Y agrega algo que encuentro notable:

—En este caso sólo tienen valor de interjección.

### Paco sobrenatural

Ignoro si las nuevas generaciones guardan, como la mía, idea de la imagen física de Paco Espínola: la que ví por primera vez, imagen sobrenatural de gran escritor, a bordo del tranvía 31 hace más de cuarenta años. Lo bichaba de lejos y no me atreví a hablarle. Era en la madrugada y me imponía, sobre todo, contra la cabellera y la flacura del traje enteramente negras, el detalle del cuello palomita, que fue uno de los últimos en continuar usando.

(El otro que llevaba cuello palomita, cuando el resto de los uruguayos había dejado de ponerse-lo, era el Dr. Surraco. Eminencia médica, a él se atribuye, en aquel tiempo heroico de la medicina sin ficheros, el caso del paciente al que extirpó un riñón. De tarde va a visitarlo en la cama del hospital y le pregunta cómo está.

—Bien, doctor. Mejor que la otra vez.

—¿Qué otra vez?

—Cuando me sacó el otro riñón.

Aterrado, el Dr. Surraco sólo alcanzó a comentar con espanto: "Te maté!". Surraco y Paco son los únicos hombres a quienes ví con cuello palomita y, consiguientemente, con el aire de caricatura fantasmal que ese cuello supone. De Paco, para quien quiera verlo, hay una legendaria fotografía con cuello palomita en la primera edición de "Sombras". Tanto Paco como Surraco, por lo demás, como el Felipe IV del famoso soneto de Manuel Machado, iban por el mundo, por entonces, "siempre de negro hasta los pies vestidos").

Me pregunto si en aquellos hombres y tiempos, íntimamente convencidos sin duda de la solemnidad de la misión encerrada en sus destinos, el cuello palomita no tenía, también, valor de interjección.

Paco, particularmente, se abusa. En vida podía entrar a la reunión que fuera que la desequilibraba. A los dos segundos, la reunión era una

audiencia concedida por Paco a los demás presentes. En esta nota igual. Esta nota tenía, como se verá, otro tema. Pero he citado a Paco y Paco se hace centro de la nota y la desequilibra hacia él.

Yo no resisto ese predominio, claro está, pero cada vez y son muchas, que la imagen de Paco me cruza por la mente mientras escribo, vacilo en citarlo. Nunca me siento suficientemente lúcido para hablar de él en el nivel que debería. Paco era físicamente un bicho. Su presencia física era la de un pájaro que además fuera un príncipe y que además fuera un misterio. La condición de no parecerse a nadie ni a nada, era como el punto de partida físico coherente para una inteligencia también sin comparación posible con otra ninguna.

Tanto que he venido hablando, a propósito del Proceso cívico militar infligido al país, del pensamiento prelógico. Bueno, tampoco Paco pensaba racionalmente. Pero no era prelógico. Era post-lógico. No pensaba: iluminaba. Se instalaba en el corazón mismo de lo que comentaba y luego de proferirlo, volvía atrás para reconstruir con lógica sobrepasada pero rigurosa, el camino que no había tenido necesidad de hacer. Por eso resultaba sorprendente.

Un día, leyendo en clase un párrafo de "La Odisea", en la clásica traducción española de Segala y Estalella, se paró en seco.

"Ta mal", dijo, con aquel habitual fruncimiento de labios que hacía como para ahondar todavía más la resonancia profunda de la voz. Y explicó que donde la traducción decía, o hacía decir a Homero "la mar violeta", Homero no había colocado aquel adjetivo, que utilizaba sin embargo en muchas otras partes para referirse al color del mar.

Algunos alumnos (Guido Castillo, creo, entre ellos) resolvieron investigar y, sin decir palabra, terminada la clase fueron a despertar a la Sra. Scazzochio, profesora de griego, para comprobarlo. Esta sacó del anaquel la versión griega de "La Odisea", consultó el hexámetro involucrado y confirmó: allí Homero hablaba simplemente del mar, sin adjetivarlo de color.

Después, preguntado Paco cómo lo había sabido, abrumó con la explicación: "Pero botija! Si yo me doy cuenta que allí el adjetivo era una macana, cómo no se iba a dar cuenta Homero, que era Homero!". (Lo mejor de la explicación era que nos dejaba fuera. Como se ve, era una explicación directamente entre Homero qu'era Homero y Paco qu'era Paco).

Paco murió, o mejor, la parte de Paco que se murió, murió el 26 de junio de 1973, la misma noche que las libertades y virginidad republicanas, que fueron, no el orgullo, sino sencillamente el honor de esta tierra. No vio, pues, Paco, lo que pasó después. No vio, por ejemplo, presa a su hija Mecha, que acaba de salir en libertad luego de largos años de presidio. En ocasión de esta última circunstancia, que saludo, y también como homenaje a la gran sombra de Paco, es que hemos iniciado con él

y con su frase de la puteada interjectiva, esta nota sobre prisiones, libertades, torturas y desrespeto a las normas sagradas del Derecho y a la condición del ser humano, permanente protagonista de ese Derecho.

### Inocente, marche preso

Así como aparecen por ocasiones casos de meningitis o de rubéola, lo que se está ahora dando es la liberación de inocentes, luego de años de cárcel (a veces dos o tres, a veces ocho) por crímenes que ni remotamente cometieron, como no sea dentro del parte policial y de la anunciada confesión.

Uruguay, veámoslo, ha estado viviendo en la última década y media, un tiempo de interjecciones. Donde —oh sombra de Paco y su talento— cosas han sido cometidas como con olvido de su terrible sentido y manejando, con irreflexivo valor de interjección, valores que concierne a la dignidad y al dolor, a veces sobrehumano, de los demás. (Tenía ocho años de pena y apeló. ¡Dale doce!”).

Es terrible porque cuando las condenas tienen valor de interjección, las interjecciones terminan teniendo el alcance y los efectos de condenas. (Una interjección mantiene preso a Wilson Ferreira. Varias apuntalan la incapacitación jurídica del Fiscal Militar de 4º Turno. Otra interjección confiscó el tesoro de la Caja Notarial. Y así).

No hay boca más proclive a emitir interjecciones que la boca de la represión. Todo poder de tacto tiende a absolutizarse y su primera pragmática es emprenderla contra quien disiente, impidiéndole hablar. Las interjecciones del poder no solamente pueblan el silencio. Se contagian a todas las escaleras y caen por todos los peldaños de la jerarquía. La norma es dictaminar inapelablemente para abajo y pegar desde arriba. Pega el alto, pega el bajo y pega el chiquito.

En menos de diez días salieron ahora a luz, no uno sino cinco casos de inocentes que cumplieron años de cárcel; tres de ellos estaban presos desde 1982 (Rosembert Da Silva, presunto homicida de su cuñado; Sergio Correa, que cometió rapña en Uruguay un día que estaba en Buenos Aires, y José Gasco, acusado de matar a su patrona).

El cuarto inocente se llama Mario Abreu. Estuvo tres años y medio en prisión por haber muerto, en un barrio que no conoce, a alguien que nunca vio. Torturado al límite le fueron dictados los detalles sin sentido “decí que lo mataste con dos balazos”, “decí que en un club de bochas”, “decí y quedás bien”, “decí que estuviste de copas con uno que no te acordás”, “decí que, mamados, fueron a la calle Lerena Acevedo”). Mientras tanto, más picana, capucha mugrienta y celda sucia con insupportables olores. Palizas. Y, amenazas de someterle la esposa y matar a sus hijos.

Después de la confesión y antes de llevarlo para el Juzgado, para que no se hiciera el loco, nueva sesión de picana, por la patria y por las dudas. Así llegaba dócil ante la majestad de la justicia.

El Ministro del Interior, requerido por la prensa, ha dicho que "habrá que tomar medidas" y que "esto me preocupa como ciudadano".

Señor Ministro, pregunto: ¿Los funcionarios y jefes que actuaron en el caso, han sido sumariados ya? ¿O la preocupación y las medidas son también palabras a la prensa con un mero valor de interjección?

Una suerte de timidez verbal hace que para referencia a estos temas, los periodistas hablen de "apremio físico", encantador rodeo tiquisquis, porque "apremio" viene de apremiar que quiere decir "dar prisa, estrechar, compeler", como hace el guarda de ómnibus para que pasemos adelante. La palabra que corresponde es tortura con "t". Así, TORTURA. No como interjección. Como concepto.

Lo de apremio físico, sin embargo, resulta nada frente al inefable giro verbal utilizado por mi ex compañero de Facultad, el Dr. Bayardo Bengoa, quien se hace acreedor al Premio Nobel de la lenidad verbal cuando, preguntado por un periodista a qué atribuye éstas "confesiones" de inocentes, dice que "pudiera existir alguna suerte de gravitaciones sobre la faz síquica que pueden llevar a aceptar como reales hechos que no lo son".

Supremo.

(Incorporo esta palabra "gravitación", que ni Newton hubiera usado con semejante sentido, al archivo de las hipocresías lexicográficas.)

El quinto inocente "gravitado", se llama Pedro Dorao, personaie que parece de Paco, peón que estaba en unas caballerizas de Sarandí del Yí, cuidando un caballo para una penca. (Analfabeto, Dorao podría también trabajar en algún cuento de Morossoli). Era hombre querido en el Chileno, y no en otra parte, porque fuera de allí nadie lo conocía, en su humildad sin letras ni sublevaciones, resignada como el atardecer. Lo aprehenden en Durazno y le hacen, en la policía, confesar un crimen. Frente al Juez se desdice y hay que soltarlo, por absoluta falta de pruebas. Entonces la policía lo hace reprender y bajar a Montevideo. Aquí, sin asistencia letrada, se le ablanda del todo. Cuando vuelve, ha confesado aquí y vuelve a confesar allá. Según la policía, el móvil fue el robo. ¿Y el dinero? Bueno: después del asesinato, Dorao quemó el dinero y esparció en el viento la ceniza ¡Lindo ladrón! Resultado: ocho años de injusta cárcel, que nadie le reparará ya.

Lo terrible es que los jueces penales recojan estas interjecciones de una policía sin control y las pasen, en limpia letra jurídica, sin la necesaria revisión. Pregunto lo que se ha hecho o se va a hacer, no sólo al Ministro del Interior, sino al Poder Judicial. ¿No hay responsabilidad por este tipo de errores?

(Acaso, como fatigando el cinismo propuso en caso similar reciente el ex Ministro Julio Espínola, ¿habrá que procesar a estos inocentes por haber incurrido, con sus declaraciones, en simulación de delito?)

Mientras tanto, como tremendas acusaciones contra el espíritu de este Proceso y de este tiempo, ahí están estos cinco o seis casos tirados a la puerta de las sedes policiales y judiciales. (¿Son realmente cinco, sólo cinco, nada más que cinco, las confesiones sobre hechos falsos arrancados en estos años bajo tortura?)

Un verso célebre de Pablo Neruda dice (por supuesto que a una mujer), aquello de que “bajo las huellas de tus pisadas brotan los dulces sapos”.

Lo que sigue brotando de las huellas de las pisadas del Proceso, no es dulce. Son engendros monstruosos, como éste que refiero, nunca vistos en la entera historia anterior de la República. (Sin nada, claro, de esa maldita democracia liberal que tantas profecías de que no volverá ha provocado, con valor de interjecciones despectivas, en los erróneos jerarcas del Proceso).

Tampoco son sapos lo que brota de la huella de estas pisadas. Son, mejor, como cruza de rinoceronte con genocidio, enriquecidos con gentes de holocausto.